

ZACATECAS: LA BATALLA DE LA VICTORIA*

Pavel Navarro Valdez

* Reseña del libro: *Zacatecas: La batalla de la victoria, 23 de junio de 1914*, de Daniel Santander y Martha Loyo. México: Cámara de Diputados, LXII Legislatura / Secretaría de la Defensa Nacional / Conaculta, INAH, 2014.

PENSAR EN ZACATECAS remite al alma de plata del añejo mineral que se palpa en sus calles serpenteantes que imitan el arroyo, los cerros y cañadas a su alrededor. Evoca el singular tono rosa de su cantera, sus magníficos edificios, museos y también, unas buenas gorditas para el almuerzo, con su asado rojo, picadillo o chicharrón para aplacar el hambre, cargar energías y subir el cerro de la Bufo, disfrutar ahí de las mejores vistas de la ciudad y presentar los respetos a los generales Francisco Villa, Pánfilo Natera y Felipe Ángeles, cuyas estatuas rememoran la toma de la ciudad por las tropas revolucionarias el 23 de junio de 1914.

Las efemérides abren oportunidades de investigación y difusión que en otras ocasiones se mantienen cerradas y que deben ser aprovechadas en estos tiempos de recursos limitados. No obstante, tienden a colocar trampas al historiador: la más evidente es quedar inmerso en un ambiente excesivamente celebratorio, que se inclina a la pirotecnia discursiva, pero con fecha de caducidad inmediata. Pena recordar que en el centenario de Zacatecas se cayó en sandeces como la del presidente Peña Nieto de equiparar la toma de la ciudad con el juego del «Tri» contra Croacia: –«igual de decisivos»– aseveró en la localidad de Morelos.

Otra de las incitaciones a superar es la del discurso premonitorio, casi destinado y predeterminado sobre el acontecimiento tratado, en que la historia sigue un trazo irremisible a un punto fijo, y después todo se deriva de éste; una especie de «todos los caminos conducen a Roma». Incluso a la más pequeña de las batallas se le puede otorgar ese cariz forzando el discurso. Marta y Daniel libran esa tentación ubicando a Zacatecas como la temática central del libro, pero no como el lugar predestinado de arribo, sino construido históricamente, producto de la conformación y el desdoblamiento de las fuerzas revolucionarias y la estrategia militar del ejército federal. Para articular su explicación no se arrojan abruptamente, ni se lanzan en carga precipitada sobre Zacatecas, como Natera en

noviembre de 1913. Sino que preparan adecuadamente el terreno para el lector en los capítulos iniciales del libro.

En el primero trazan el contexto histórico, en el segundo analizan las características militares de los ejércitos contendientes y en el tercero los antecedentes de la batalla. Dadas las dificultades que encierra definir una periodización para un evento que dura sólo unos cuantos días, optan, a mi consideración acertadamente, por comenzar su narración en los albores del siglo xx, en un apartado en que analizan el conjunto de conflictos y situaciones desarrollados en México que desembocarán en el movimiento revolucionario y la guerra interna. Loyo y Santander realizan una lograda síntesis del tránsito de la crisis del porfiriato a la revolución armada, ya que sin comprender las acciones y objetivos de los implicados, difícilmente se puede obtener una idea adecuada de qué estuvo en juego en Zacatecas y por qué se combatió con tanto ahínco.

He ahí otro riesgo de los libros que rememoran batallas: sin una cabal explicación –como la que nos presentan en esta ocasión– entran de sopetón a la contienda, a la crudeza de la guerra, las vidas que cobra y la devastación, tornando así la narración deshumanizada, en un recuento de muertes y desolación casi sin sentido; se resta y omiten méritos al valor de los participantes que tomaron la decisión de luchar junto a sus compañeros, por sus familias, por sus compatriotas y entregar la vida.

En Zacatecas, distintos grupos encontraron en la lucha armada, en la violencia política, formas de participación en la vida de la entidad que les estuvo vedada mucho tiempo, acaparados por los jefes de la iglesia, propietarios de las minas y los amos de las haciendas. Con espacios cercados para la participación de las clases bajas, el poniente zacatecano fue un medio propicio para la aparición de personajes orillados al bandidaje, cuyas acciones eran la única opción de resistencia. Ellos recorrieron la región, y de su experiencia abrevaron los rebeldes que se lanzaron en armas al llamado maderista primero, y después contra la asonada militar.

En el tercer capítulo, los autores toman el pulso local de la entidad, que articula el ensayo de lo regional con lo nacional. Zacatecas no era una ínsula adormecida, esperando la llegada de las tropas revolucionarias. Los autores arrojan luz sobre las acciones de Luis Moya, la sorpresiva incursión de Natera que entró a la ciudad en junio de 1913 y que causó la remoción del

general Manuel Mondragón al frente de la Secretaría de Guerra, en el intento de la depuración huertista de elementos felicistas para asir mejor los amarres de la dictadura.

La investigación también da cuenta de los líderes zacatecanos apoyados por contingentes provenientes de Durango, de los coroneles Enrique R. Nájera y el regimiento de Carranza y de José Carillo, que se apoderaron de Jerez en noviembre de 1913 y, en un arranque de excesivo entusiasmo, se lanzaron sobre la ciudad capital sin el cálculo adecuado. No es lo mismo tomar la apacible Jerez, defendida por el regimiento del coronel Timoteo Andrade, que arrojarse sobre Zacatecas, guarnecida por un general eficiente como Lucio Gallardo, tres mil hombres y su accidentada geografía, que le acrecentó la fama de inexpugnable. La División del Centro dispersó sus tropas por el campo zacatecano en espera de una mejor ocasión, en tanto las duranguenses se regresaron por donde vinieron.

Sobre Luis Medina Barrón y demás oficiales defensores finales de Zacatecas, los autores desglosan sus trayectorias en útiles fichas. Un descuido editorial fue proseguir inmediatamente después de los federales con las semblanzas de los jefes villistas sin más separación que un subtítulo; el sacrilegio es que aparece el general Villa abajo de un tal Pablo de los Santos Morales, reyista pasado a las filas del huertismo; media hoja de papel más para darle algo de aire hubiera mejorado la obra. Además, se omite la ficha Lucio Gallardo quien realizó su tarea cuando tocó el turno defender la ciudad hasta ser sustituido por Medina Barrón, y la del coronel Timoteo Andrade, el «Tigre de Santa Julia», defensor de Jerez, (no confundir con Jesús Negrete, el otro «Tigre de Santa Julia»).

Andrade pasó a la historia como personaje de los juzgados de finales del siglo XIX, aunque tuvo una larga trayectoria de armas. Combatió como subordinado de Díaz durante la Intervención francesa; fiel al oaxaqueño se levantó con el Plan de la Noria y el de Tuxtepec. Luego se convirtió en asaltante en los llanos de Apan y Calpulalpan y formó parte del cuerpo de rurales en el que ascendió hasta coronel. Alcanzó la jefatura política de Apan y se le implicó en el intento de descarrilamiento del tren de Porfirio Díaz al cruzar la serranía hidalguesa. Fue indultado por el presidente en deferencia a su compadre Manuel González, protector de Andrade. Salió de prisión, pero reingresó en 1895 acusado

de asesinar –estando borracho en su casa de Santa Julia–, a su propio hijo José Andrade y de herir a su esposa, y luego intentar suicidarse. Con la declaración de su mujer, madre del occiso, el jurado lo condenó a muerte por filicidio. Pena que libró porque el abogado Francisco Serralde apeló la sentencia recurriendo a modelos de mediciones sobre ilustraciones, fotografías, esculturas y otros artilugios científicos que lograron le fuera conmutada la condena. El escándalo llenó planas de la prensa capitalina –hasta *Regeneración* siguió el caso, como documentó Jacinto Barrera–. El libelo del proceso fue publicado por el propio Serralde en 1899 y hoy es fuente para la historia de la criminalística y la fotografía. Andrade salió de prisión en 1911, se reincorporó al ejército y tras la asonada militar le fue encomendada la defensa de Jerez al mando de unos ochocientos hombres. El ejemplo de Andrade advierte la deseable colaboración entre la historia militar y los estudios de la justicia, en primer lugar, porque muchos de los oficiales militares desempeñaron cargos y funciones policiales; y segundo, por una temática muy actual y particularmente sensible: la relación entre militares, el marco jurídico y los alcances de los tribunales para sancionar los delitos.

La siguiente oportunidad de asalto para las tropas revolucionarias vino aparejada con el avance de la División del Norte sobre La Laguna, y la urgencia de Venustiano Carranza por impedir que fuera Pancho Villa quien tomara Zacatecas. Por ello, de nueva cuenta se trasladaron a Calera las tropas y «el primer jefe» dio la orden a Villa de enviar cinco mil elementos de la División del Norte y ponerlos a disposición de Natera. De sobra conocido fue que la decisión de los jefes villistas fue movilizar la División completa para tomar la capital del estado. Determinación descrita por Carranza como franca insubordinación, pero tomada con elemental sentido militar, si lo que se deseaba era capturar la plaza de Zacatecas.

Para comienzos de junio de 1914 las vías entre Torreón y Fresnillo estaban prácticamente reparadas por los zapadores de la División del Norte. Por ello la premura en la orden de ataque a la División del Centro, que abrió hostilidades el 10 de junio. Fueron repelidos por las tropas federales –que combatieron de manera osada, como los hombres de caballería de Lucio Gallardo que salieron de los fortines de Zacatecas y avanzaron hacia el norte para combatir a los constitucionalistas–, lo mismo que

por las tropas de irregulares o colorados de Argumedo, que a su llegada procedentes de Torreón, tras un largo rodeo por San Luis Potosí, atacaron el flanco de Natera, desprotegido debido a un avance mal sincronizado. Si Argumedo pudo llegar a Zacatecas fue con gran esfuerzo y determinación, ya que la vía de ferrocarril de San Luis Potosí tuerce en Salinas de Hidalgo, a medio camino de Zacatecas; a partir de ahí prosiguió su marcha sin apoyo de trenes, en tanto otras tropas federales, más cercanas y en rutas mucho más asequibles –como las de Pascual Orozco acantonadas en Aguascalientes– jamás avanzaron, en espera de las condiciones óptimas, que nunca llegaron debido al sabotaje de los zacatecanos.

Aquí un segundo señalamiento editorial (a los autores, y quizá extensible a todo el gremio): Una historia en que el aspecto militar desempeña un papel tan importante debe tener más mapas, si no de la época, al menos de elaboración propia: la obra tiene solamente cuatro, y la narración espacial se dificulta para los no iniciados. Las imágenes que pueblan el texto –varias inéditas–, son instrumentos valiosos, pero como toda herramienta, tiene sus limitaciones en aristas en que la cartografía, con su propia clave y lenguaje, explica mucho más nítidamente.

Sobre la Batalla, los autores navegan con propiedad entre las distintas fuentes históricas. Después de la explosión del polvorín del Palacio Federal, ya fuera accidental o provocada, vino el derrumbe de las tropas federales con la desastrosa salida de Zacatecas por el camino a Guadalupe, en que las tropas federales se colocaron en una posición inspiradora de un pasaje de *Los de abajo*: fue como una práctica de tiro para las tropas de Arrieta y Natera, que a la llegada de la División del Norte recorrieron sus contingentes al sur. Mientras los villistas avanzaron hacia el centro de la ciudad por el norte, la Ciénega y Cinco Señores, la mala planeación canceló a los federales una posibilidad de retirada como la que se dio en Torreón, donde José Refugio Velasco dejó protegida la retaguardia en San Pedro de las Colonias y la ruta hacia Saltillo. Zacatecas estaba aislada de Guadalupe, Aguascalientes y Guadalajara. La guerra civil escaló hasta pretender la destrucción total del enemigo; de ahí la saña sobre las tropas federales (quizá igual hubiera sido en caso de una victoria huertista). Tras la derrota en La Laguna, las tropas federales sobrevivieron para combatir otro día; tras

Zacatecas no, lo que marcó esta batalla como la que desestabilizó por completo los soportes de la dictadura.

Esto lleva a un punto donde los historiadores no unifican criterios: ¿a quién debemos la toma de Zacatecas? Indudablemente a Villa y la División del Norte, pero, ¿en calidad de constitucionalistas o fuerza propia? A veces se usan como sinónimos la División del Norte y fuerzas constitucionalistas. Los documentos no reflejan una subordinación de las tropas de Natera a Villa, el caudillo no llegó con esa petulancia, ni por su supuesto la fantasiosa subordinación de la División del Norte a Natera, más bien podemos hablar de un ataque en desacato de la División del Norte, en conjunto con las fuerzas de la División del Centro. Con su victoria, Villa retuvo la fuerza militar y ganó renta política con la cual forzar un intento de negociación entre los jefes militares, que se tradujo en la Convención revolucionaria.

Más allá de preciosismo en los términos de la historia militar, la toma de Zacatecas corresponde a la épica villista. Zacatecas y Villa unieron destinos en el imaginario popular; la Marcha compuesta por Genaro Codina fue adoptada por las tropas villistas, y Zacatecas acogió la figura del Centauro, con el que se identificaron por historias compartidas trayectorias similares con los hombres del norte, de Durango y La Laguna. No es casual que el gran ídolo zacatecano, Antonio Aguilar, tuviera una plena identificación con el caudillo. En la trasmisión de la memoria musical sobre el villismo, el caporal cantó y grabó corridos, tanto de la época gloriosa como de la etapa de la derrota después del Bajío. Con el caballerango colaboraron los compositores zacatecanos como Rubén Esparza Oliva, corridista invidente que nos legó «El mayor de los dorados», una de las canciones más entrañables.

Aguilar, diestro no sólo en el manejo de los caballos, sino de la industria del espectáculo en su conjunto (con discos, charreadas y películas) se dio el gusto de interpretar tanto a Villa como a Zapata, a Argumedo y a personajes de corridos como Simón Blanco y Lamberto Quintero. Quizá sólo le faltó hacerla de Felipe Ángeles, pero los largos diálogos –un tanto moralizantes– que hubieran sido necesarios para el guion sobre el artillero hidalguense no llamaron su atención. A él le quedaban mejor las películas sobre bandidos, como Heraclio Bernal «el rayo de Sinaloa» o Gabino Barrera, aquel que no entendía razones y dejaba hijos por donde fuera.

Zacatecas es un crisol para adentrarnos en interpretaciones políticas, militares y culturales de la Revolución, y el libro de Daniel Santander y Marta Loyo es una excelente opción para compenetrarse en ellas. Huelga felicitar a los autores por la publicación de esta obra que aporta nuevas maneras de asomarse a la historia militar de la Revolución mexicana, sobre todo a ese actor un tanto desconocido: el ejército federal. Sólo resta reconocer las faenas de Orlando Balderas y Carlos Arellano, asistentes de investigación, el diseño de mapas de Arturo Fonseca y la labor editorial de José Luis Valdés, Agustín Estrada y Araceli Limón, e invitarlos a consultar la investigación, ya sea en su edición en papel o electrónica, en la Biblioteca Virtual de la Cámara de Diputados. <http://biblioteca.diputados.gob.mx/janium/bv/md/LXII/Zacatecas.pdf>